



La Santa Sede

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II CON OCASIÓN DEL "HOLODOMOR", LA GRAN CARESTÍA QUE SUFRIÓ UCRANIA

A los venerados hermanos

Cardenal LUBOMYR HUSAR

Arzobispo mayor de Lvov de los ucranios

Cardenal MARIAN JAWORSKI

Arzobispo de Lvov de los latinos

1. El recuerdo de los acontecimientos dramáticos de un pueblo, además de ser en sí mismo justo, resulta muy útil para suscitar en las nuevas generaciones el compromiso de ser, en toda circunstancia, centinelas vigilantes del respeto de la dignidad de todo hombre. Asimismo, la oración de sufragio que brota de ese recuerdo es para los creyentes bálsamo que alivia el dolor y súplica eficaz al Dios de los vivos, para que conceda el descanso eterno a cuantos fueron injustamente privados del bien de la existencia. Por último, la debida memoria del pasado adquiere un valor que supera las fronteras de una nación, alcanzando a los demás pueblos que fueron víctimas de acontecimientos igualmente funestos y pueden encontrar consuelo al compartirla.

Estos son los sentimientos que me inspira el 70° aniversario de los tristes sucesos del *holodomor*: millones de personas sufrieron una muerte atroz por la nefasta eficacia de una ideología que, a lo largo de todo el siglo XX, causó sufrimientos y lutos en muchas partes del mundo. Por esta razón, venerados hermanos, quiero hacerme presente espiritualmente en las celebraciones que tendrán lugar en recuerdo de las innumerables víctimas de la gran carestía provocada en Ucrania durante el régimen comunista. Se trató de un proyecto inhumano que llevaron a cabo con fría determinación quienes ejercían el poder en aquella época.

2. Al evocar aquellos tristes acontecimientos, os pido a vosotros, venerados hermanos, que transmitáis mi saludo solidario y la seguridad de mi oración a las autoridades del país y a vuestros

compatriotas, tan queridos para mí. Las celebraciones previstas, destinadas a fortalecer el justo amor a la patria en recuerdo del sacrificio de sus hijos, no se dirigen contra otras naciones; más bien, quieren reavivar en el corazón de cada uno el sentido de la dignidad de toda persona, independientemente del pueblo al que pertenezca.

Vuelven a la mente las fuertes palabras de mi predecesor el Papa Pío XI, de venerada memoria, el cual, refiriéndose a las políticas de los gobernantes soviéticos de aquel tiempo, distinguía netamente entre gobernantes y súbditos y, mientras exculpaba a estos últimos, denunciaba abiertamente las responsabilidades del sistema "que desconocía el auténtico origen de la naturaleza y del fin del Estado, y que negaba los derechos de la persona humana, de su dignidad y libertad" (carta encíclica *Divini Redemptoris*, 18 de marzo de 1937, II: AAS 29 [1937] 77).

¿Cómo no pensar, a este propósito, en la destrucción de tantas familias, en el dolor de los innumerables huérfanos, en la ruina de toda la sociedad? A la vez que me siento cercano a cuantos han sufrido las consecuencias del triste drama de 1933, deseo reafirmar la necesidad de hacer memoria de aquellos hechos, para poder repetir juntos, una vez más: ¡Nunca jamás! La conciencia de las aberraciones del pasado se traduce en un constante estímulo a construir un futuro más a la medida del hombre, contrastando toda ideología que profane la vida, la dignidad y las justas aspiraciones de la persona.

3. La experiencia de aquella tragedia debe impulsar hoy el sentir y el obrar del pueblo ucraniano hacia perspectivas de concordia y cooperación. Por desgracia, la ideología comunista contribuyó a profundizar las divisiones también en el ámbito de la vida social y religiosa. Es preciso comprometerse en favor de una pacificación sincera y efectiva: de este modo puede honrarse adecuadamente a las víctimas pertenecientes a la entera familia ucraniana.

El sentimiento del sufragio cristiano por cuantos murieron a causa de un insensato proyecto homicida debe ir acompañado por la voluntad de edificar una sociedad donde el bien común, la ley natural, la justicia para todos y el derecho de gentes sean guías constantes para una eficaz renovación de los corazones y de las mentes de cuantos se enorgullecen de pertenecer al pueblo ucraniano. Así, la memoria de los acontecimientos pasados se convertirá en fuente de inspiración para la generación presente y para las futuras.

4. Durante el inolvidable viaje que realicé a vuestra patria hace dos años, aludiendo al luctuoso período vivido por Ucrania setenta años antes, recordé "los años terribles de la dictadura soviética y la durísima carestía de los primeros años de la década de 1930, cuando vuestro país, "granero de Europa", ya no logró alimentar a sus propios hijos, que murieron a millones" (*Discurso a los representantes de la política, la cultura, la ciencia y la empresa en el Palacio presidencial*, 23 de junio de 2001, n. 3: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de junio de 2001, p. 10).

Es de esperar que, con la ayuda de la gracia de Dios, las lecciones de la historia ayuden a encontrar sólidos motivos de entendimiento, con vistas a una cooperación constructiva, para edificar juntos un país que se desarrolle de manera armoniosa y pacífica en todos los niveles.

Alcanzar este noble objetivo depende, en primer lugar, de los ucranios, a los que se ha encomendado la custodia de la herencia cristiana oriental y occidental, y la responsabilidad de hacer que llegue a una síntesis original de cultura y de civilización. En esto estriba la contribución específica que Ucrania está llamada a dar a la edificación de la "casa común europea", en la que cada pueblo pueda encontrar una conveniente acogida, en el respeto de los valores de su identidad.

5. Venerados hermanos, en esta circunstancia tan solemne, ¿cómo no ir con el pensamiento a la siembra evangélica realizada por san Cirilo y san Metodio? ¿Cómo no pensar de nuevo con gratitud en el testimonio de san Vladimiro y de su madre santa Olga, por medio de los cuales Dios donó a vuestro pueblo la gracia del bautismo y de la vida nueva en Cristo? Con el corazón iluminado por el Evangelio se puede comprender mejor cómo se debe amar a la patria para contribuir eficazmente a su progreso por el camino de la cultura y de la civilización. La pertenencia a una estirpe debe ir acompañada por el compromiso de un generoso y gratuito intercambio de los dones recibidos en herencia por las generaciones precedentes, para edificar una sociedad abierta al encuentro con otros pueblos y otras tradiciones.

A la vez que deseo que el pueblo ucraniano mire los acontecimientos de la historia con ojos reconciliados, encomiendo a cuantos aún sufren las consecuencias de aquellos tristes sucesos a las consolaciones interiores de la santísima Virgen Madre de Dios. Avalo estos sentimientos con una especial bendición apostólica, que os imparto a vosotros, venerados hermanos, y a cuantos están encomendados a vuestra solicitud pastoral, invocando sobre todos abundantes efusiones de favores celestiales.

Vaticano, 23 de noviembre de 2003, solemnidad de nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo.

JUAN PABLO II